

LAS RUINAS EMBELLECEAN LA OBRA DEL HOMBRE.

JUAN M. GÁLVEZ ANDRADE.

Me propongo estudiar y evaluar la perspectiva sociológica que subyace en los trabajos sobre estética que desarrolló Georg Simmel,¹ quien sostiene que el hombre y la naturaleza son capaces de crear grandes obras, pero también de destruirlas.

Simmel escribió un ensayo sobre las ruinas. En él alude a las obras del hombre que se relacionan con la arquitectura, que define como “el único arte en el que se salda con una paz auténtica la gran contienda entre la voluntad del espíritu y la necesidad de la naturaleza, en el que se resuelve en un equilibrio exacto el ajuste de cuentas entre el alma, que tiende a lo alto, y la gravedad, que tira hacia abajo”.²

Yo defino a la arquitectura como el arte y la técnica de diseñar, proyectar y construir edificios o monumentos, para adecuarlos a las necesidades o expectativas humanas, sean de carácter tangible o intangible. Lo anterior implica un proceso que invade y transforma el espacio natural, utilizando los mismos materiales con que la naturaleza nos provee, a saber: lodo, agua, piedras, hierro, acero, madera y cemento. Elementos todos que se emplean para construir.

Cada sociedad y cultura, en su tiempo, utiliza saberes y herramientas que se transmiten de generación en generación, y que son fundamentales para los procesos de construcción. Las culturas antiguas, para citar un caso, requirieron de complejas técnicas para construir pirámides. Mucho se ha especulado acerca de la manera en que los egipcios transportaron y colocaron los grandes bloques de piedra; y sobre los procesos y técnicas que siguieron para erigir pirámides. Cada cultura debió enfrentar problemas distintos. Así, egipcios, aztecas, mayas y olmecas, entre otros, imprimieron un sello social e histórico muy particular a sus obras. A su vez, la naturaleza aportó los recursos naturales propios del entorno: selva, sierra, desierto, o planicies, ingredientes

¹ Georg Simmel, *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos* (Barcelona: Ediciones Península, 1998), 181–193.

² *Ibid.*, 181.

naturales que tradicionalmente se conjugan e intervienen cuando el hombre construye obras arquitectónicas y también cuando la naturaleza las destruye.

El destino que el hombre da a los edificios varía: puede utilizar las obras para fines de ornato, religiosos, de vivienda, de protección o esparcimiento. La construcción, como ya lo mencioné, debe responder a las necesidades prácticas y espirituales de la vida social.

En las obras arquitectónicas religiosas se manifiesta cómo los hombres buscan congraciarse con sus dioses y se esmeran, a través de complejas construcciones, por alcanzar su grandeza desafiando a la gravedad. Ejemplos de este tipo se encuentran en pirámides, iglesias, conventos. En ellos se revela cómo el espíritu trata de perpetuarse a través del tiempo. Yo podría argumentar que el espíritu del hombre se engrandece a través de su fe, la cual se manifiesta, en muchas ocasiones, por el tamaño que alcanza su obra. Para mí, el arte y la devoción se conjugan para crear y congraciarse con los dioses. Cuanto mayor es la fe, tanto mayor es el desafío a la gravedad. Las asombrosas estatuas gigantes de la Isla de Pascua, o bien la esfinge de la cultura egipcia, destacan entre otros muchos casos que ilustran lo que digo.

Las construcciones que el hombre utiliza para vivienda son más sobrias: tienen un sentido más práctico que espiritual, y lo ornamental lo emplea sólo en aquellas situaciones en las que una clase social compite con otra derrochando recursos en obras arquitectónicas especiales. No obstante, para la gente en general las construcciones deben adaptarse al entorno natural. Por ejemplo, en los lugares en donde llueve mucho, el constructor debe asegurar la impermeabilidad de la vivienda. En cambio, en el caso de personas que viven en lugares soleados y calurosos como el desierto, el arquitecto deberá preocuparse por aislar la morada del calor y la radiación.

En las sociedades antiguas se construían murallas, trincheras o guarniciones como medios de defensa; la majestuosidad de la arquitectura, combinada con lo práctico de estas edificaciones, otorgaba a las ciudades un sentido especial. El ejemplo clásico es la gran Muralla China, sin dejar de lado, desde luego, fortines y castillos, construcciones típicas de occidente durante el medioevo.

La arquitectura representa el desafío del hombre a la naturaleza y ésta reta al hombre mediante las ruinas. Constituyen las ruinas la expresión dialéctica entre dos fuerzas que interactúan y que se erigen triunfantes en momentos distintos. La ruina alude al deterioro, al abandono o al derrumbe de las construcciones humanas.

La obra de Simmel no versa sobre una sociedad específica: no traza la historia ni intenta reconstruir cultura alguna. Más bien reseña la interacción entre el ser humano y la naturaleza. “La arquitectura es el único arte en el que se salda con paz auténtica la gran contienda entre la voluntad del espíritu y la necesidad de la naturaleza, en el que se resuelve en un equilibrio exacto el ajuste de cuentas entre el alma, que tiende a lo alto, y la gravedad, que tira hacia abajo”.³

Simmel divide su ensayo en tres momentos: en el primero, el alma del hombre constituye la fuente creadora de las formas arquitectónicas; en el segundo, los objetos así contruidos adquieren vida propia y se independizan de su creador y, en el tercero, las ruinas son la manifestación artística de la naturaleza, y a su vez revelan la decadencia del espíritu que se irguió de manera orgullosa y triunfante sobre la naturaleza y después declinó al ceder, con el paso del tiempo, su espacio. Las ruinas por lo tanto constituyen una dualidad entre la forma y el espíritu, entre el hombre y la naturaleza. Simmel señala que las ruinas emergen como “la venganza de la naturaleza por la violencia que le hizo el espíritu al conformarla a su propia imagen”.⁴

La naturaleza también emplea su fuerza para transformar o darle su toque a lo que otro agente natural, el ser humano, edificó. Así, elementos como aire, agua, calor y frío, son herramientas que intervienen para decorar la piedra a través del musgo; para acumular tierra en la piedra en donde la hierba y sus raíces socavarán las uniones; para originar el óxido que derruirá el hierro, y para erosionar y moldear las estructuras a través del agua y del viento.

Las ruinas resultan de un complejo de fuerzas naturales que delimitan en un primer momento el periodo histórico del hombre sobre la naturaleza, transformando el presente en pasado, en vestigios, en restos humanos. De esta manera, las ruinas, aparte de su

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*, 182.

historia, también tienen su “encanto”, pues le otorgan un toque natural a las obras humanas. Simmel señala que el encanto reside sólo en este proceso que impone la naturaleza, porque cuando el hombre mismo destruye su obra, su acción frustra el hechizo típico de las ruinas. El clásico para Simmel son las ruinas romanas, arruinadas por la mano del hombre. Este tipo de interrupción en la “vida natural” de las construcciones se asemeja a los casos en que el hombre interviene para restaurar o dar mantenimiento a obras arquitectónicas con el fin de evitar su deterioro. En todo caso, cuando el abandono y el desinterés del hombre por restaurar o mantener las construcciones propician que sobrevenga la ruina, Simmel señala la acción como un proceso positivo, porque gracias a esto interviene el encanto creador de la naturaleza a través de las ruinas.

En conclusión, el trabajo de Simmel me parece de especial interés por la originalidad con que trata un tema, que en apariencia podría confinarse al aspecto puramente filosófico de la estética; sin embargo, la manera en que aborda su objeto de análisis nos demuestra que la perspectiva sociológica se encuentra en todos los procesos de interacción social dotadas de sentido; es decir, el trabajo del hombre constituye un acto racional, a diferencia del trabajo que realiza la naturaleza. Pero a la vez el hombre interactúa con la naturaleza para satisfacer necesidades materiales y espirituales.

Aún y cuando las ruinas parecen dotadas de un sentido racional, desde la óptica de Simmel, lejos de considerarlas como algo viejo y derruido, deben valorarse como levantamientos nuevos y frescos, con un significado fundamentalmente estético. Si las obras arquitectónicas constituyen un acto dotado de sentido, las ruinas, a su vez, tienen sentido al devolver la naturaleza su equilibrio al proceso dialéctico entre dos fuerzas que se enfrentan.